

## X

## SÉPTIMA OBJECCIÓN.

Para la ciencia moderna no hay vicios ni virtudes,  
sino simples  
protuberancias y temperamentos.

Ciertos soñadores, bastante observadores por otra parte, y que no carecían de saber y de finura, imaginaron, hace cosa de medio siglo, otro sistema no menos ingenioso que los anteriores: era el sistema de las protuberancias. Siguiendo la costumbre de su docta facultad, que desde hace ya mucho tiempo se dedica á suplir por medio de la inteligibilidad de fórmula la vaciedad del fondo, se revistió este sistema con un nombre al estilo griego, y se le llamó *frenología*, es decir, ciencia del cerebro. Fué su inventor el Dr. Gall, hombre por otra parte muy guapo, y que en cierta ocasión decía con lágrimas en los ojos á un gran señor ruso á quien debía muy importantes favores:

—¡Ah! mi querido conde, no podéis creer cuánto llego á amaros! Os aseguro que si morís antes que yo, he de tener vuestro cráneo en mi colección, aunque tenga que ir á buscarlo á Rusia.

Dicen, pues, los frenólogos que el cerebro y el cráneo tienen excrecencias; hecho que no pueden negar los ultramontanos y que la ciencia afirma. Esas excrecencias constituyen un mundo nuevo, y operan una revolución en la moral. Hasta ahora habíamos creído

¡oh ignorancia de la edad media! que el alma era la que daba al hombre sus buenas ó malas facultades, su inteligencia, su memoria, las cualidades de su espíritu y de su corazón, su carácter, sus inclinaciones, sus virtudes y sus vicios; habíamos creído que teníamos la libertad de dirigir nuestra vida como mejor nos pareciera, de ser religiosos ó de dejar de serlo, de ser dulces ó iracundos, de ser buenos ó malos, de trabajar ó de echarnos en brazos de la pereza, de ser castos ó impúdicos; pero no hay tal y lo que creíamos verdadero no era más que quimérica ilusión. ¡Las protuberancias son las que lo deciden todo!

Hace poco era el fósforo: ahora son las protuberancias. ¿Sois valientes? Es que tenéis la protuberancia del valor; vedla colocada sobre vuestra nariz. ¿Sois unos santos? Examinad lo alto de vuestra cabeza y os encontraréis con la protuberancia de la *religiosidad*. ¿Tenéis una memoria sumamente feliz? Examinad, si os es fácil, el fondo de vuestros ojos, y veréis allí la protuberancia de la memoria. ¿Sois unos bribones y unos trapaceros? Tentáos tras la oreja, y os encontraréis con la protuberancia de la *apropiatividad*. ¿Tenéis buen corazón, amáis á vuestros hijos y sois afables y misericordiosos? Tentáos la parte trasera (de la cabeza), y vuestros dedos tropezarán con la tierna protuberancia del amor. Y así sucesivamente, para todas las facultades, para todas las inclinaciones y para todas las pasiones. Yo tengo en mi casa un cráneo, clasificado por el mismo Gall con más de cuarenta letreros todos

relativos á varias especialidades de protuberancias. ¡Es una cosa incomparable!

El resultado de esta teoría es que el hombre deja de ser libre, que únicamente tenemos instintos que nos arrastran fatalmente lo mismo que á los irracionales; que tanto las malas como las buenas inclinaciones nos vienen de la naturaleza, es decir, de Dios, y eso todo junto nos lleva á la consecuencia lógica, aunque no inmediata, de que en nosotros no existe esta alma espiritual, razonadora y libre, que nos figurábamos tener; que la ley de Dios y toda otra ley también, es un absurdo, y que si hay Dios, le hay en muy poca cantidad.

Todo es una grosera confusión del instrumento y del obrero. Vamos á ver: ¿qué diríais si yo pretendiera probaros que, cuando escribís, no sois vosotros quienes lo hacéis, sino que es vuestra pluma? Y sin embargo, me sería fácil probarlo *científicamente*. Ensayémoslo si os place.

¿No es evidente que cuando tenéis en vuestra mano la pluma y la mojáis en la tinta, podéis desde luego escribir? ¿Y que escribís bien con una pluma buena, y con una pluma mala escribís mal? ¿No es también evidente que si yo voy y os arranco la pluma, no podéis ya escribir? ¿Y que si voy y os quito la tinta, también os veréis en la imposibilidad de escribir? ¿Más aún, y notadlo bien, que si corto uno solo de los dos lados de vuestra pluma, podréis trazar únicamente algunas líneas informes? Pues de este doble hecho deduzco *científicamente* que no sois vosotros los que escribís, sino

que es vuestra pluma; sí, vuestra pluma colocada en determinadas condiciones, condiciones que si las quitáis, ni tan siquiera ella puede escribir, ó, si lo puede, imperfectamente. ¿Con que os figurábais hasta ahora que érais vosotros quienes escribíais? ¡Ilusos! Vedme ahí trayéndoos la luz en nombre de la ciencia moderna.

El cerebro es la pluma, el alma es el escribiente, la inteligencia, la voluntad libre. Quitadle á un hombre la cabeza, quitadle la pluma, é inmediatamente dejará de pensar: el escribiente no puede ya escribir. Dad tal ó cual órgano de su pensamiento, que es el cerebro, é inmediatamente, fuera de su estado normal, el *instrumento*, el alma, no puede ya operar con seguridad. Entonces se parece á un músico que para ejecutar sus melodiosas composiciones tuviera sólo un instrumento descompuesto, desafinado ó no tocando ni poco ni mucho. ¿Prueba este desórden, me diréis, que el músico no existe ó no sabe de música?

Tal es el argumento racionalista y groseramente absurdo de ciertos frenólogos que, armados de sus protuberancias, atacan, si no la existencia, por lo menos la espiritualidad y la libertad del alma. El más humilde cristiano está mucho mejor enterado, sabe mucho más que ellos. Sabe que Dios nos formó á imagen de su Hijo unigénito, Nuestro Señor Jesucristo, y que por este motivo ha dado á cada uno de nosotros un alma y un cuerpo; un alma espiritual, inteligente y libre, que tiene en la tierra la doble misión de adorar, amar,

alabar y servir á su Dios, y de animar el cuerpo á que está unida. Sabe que el cuerpo por sí solo no tiene ni vida, ni poder, ni cualidad, ni propiedad alguna, y que todo lo que tiene lo debe al alma que lo anima, lo mueve y lo hace vivir. Sabe que el alma piensa por medio del cerebro, ve por medio de los ojos, habla por medio de la boca, oye por medio de los oídos, ama por medio del corazón, respira por medio de los pulmones, digiere por medio del estómago, y siente por medio de los nervios. Sabe que el alma y el cuerpo vienen á ser el obrero y el instrumento que éste emplea para su trabajo; el pintor y su lápiz ó su pincel; el músico y su instrumento. Que el alma es la que piensa, la que quiere, que ama y que obra; pero que, como Dios lo ha dispuesto así, todo lo hace valiéndose de los órganos del cuerpo.

Lo que hay de verdad en el sistema de las protuberancias es que la perfección é imperfección del cerebro, órgano principal de la vida, da al hombre más ó menos fuerza natural para concebir, para trabajar y para hacer el bien ó el mal; pero estas disposiciones inclinan, más no fuerzan la voluntad humana. A cada hombre se le ha dado la gracia de Dios en proporción á sus necesidades, y así es que todos sin excepción podemos y debemos practicar el bien y evitar el mal, con la seguridad de que los que mayores combates habrán tenido que sostener, mayores recompensas obtendrán. Por consiguiente, en definitiva tantas ventajas tienen los que están provistos de buenas protuberancias como

los que lo están de malas; porque Dios en su infinita justicia retribuirá á cada uno según sus obras.

No lo olvidemos jamás: las substancias espirituales son las únicas activas y motrices; la materia, sea la que fuere, es por su naturaleza inerte, absolutamente pasiva, y está destinada á ser regida, movida, animada y vivificada por el espíritu.

Lo que decimos aquí de las protuberancias puede igualmente decirse de los temperamentos y de las influencias climatéricas. Un temperamento sanguíneo y bilioso predispone á la cólera, pero no hace más que predisponer; no es la verdadera causa de la cólera. Un temperamento linfático predispone á la indolencia, á la pereza, á la negligencia, á la sensualidad, pero no hace más que predisponer. Un temperamento ardiente y apasionado excita á la lujuria, pero su influencia no pasa de una excitación, á que siempre puede y debe resistir la voluntad. Los vicios no son defectos naturales, ni las virtudes tampoco cualidades naturales, que se tienen ya al nacer y que proceden del temperamento, no; son situaciones ó estados espirituales, hábitos del alma libremente contraídos, y por lo tanto culpables ó meritorios. San Francisco de Sales, tan afable, tan maravillosamente pacífico, era por su temperamento de un carácter violento. San Francisco de Asís, tan humilde, tan penitente, tan pobre, sentíase por su temperamento atraído á los placeres y á las diversiones mundanas. San Bernardo, San Agustín, San Jerónimo, San Ignacio, Santo Domingo y otros mu-

chos que se distinguieron por su angelical castidad, pasaron su vida luchando con sus inclinaciones y dominando por la fuerza del alma un temperamento inclinado á las más violentas pasiones.

Tampoco las influencias climatéricas pueden excusar la intemperancia, la pereza, la voluptuosidad ni la venganza: pueden desarrollar en nosotros buenos ó malos instintos, pero jamás pasan de ser instintos, disposiciones que debemos combatir mediante la gracia de nuestro divino Salvador.

## XI

## [OCTAVA OBJECIÓN.

El diluvio, por más que diga el Génesis, no fué universal.

Empecemos por hacer una distinción. Si por un diluvio no universal se entiende un diluvio que destruyó toda la raza humana que existía entonces sobre la tierra, exceptuados Noé y los habitantes del arca, esto bajo ningún concepto es contrario á la fe. Si, por el contrario, se entiende un diluvio que hubiese dejado subsistente un solo hombre fuera de los del arca, entonces ya sería otra cosa muy distinta.

La Escritura nos dice que este terrible castigo se extendió á toda la tierra, *in univ[er]sa terra*; que fué, no un fenómeno natural, sino un acto libre de la voluntad y de la justicia de Dios para castigo de los pecadores; que las aguas del diluvio fueron aguas sobrenatu-

rales, no en su esencia sino en su cantidad y en su caída. Y todo sistema que diera al diluvio otro carácter sería indudablemente contrario á la doctrina de la Iglesia.

El hecho del diluvio es tan asequible á la ciencia como á la revelación; hay mil pruebas materiales de él; terrenos especiales arrastrados por las aguas, que por doquier se encuentran y que los geólogos designan con el nombre de *diluvium*; palmeras fósiles y otros fragmentos vegetales ó animales de las zonas ecuatoriales, encontrados en nuestros terrenos y aun en los hielos de los polos, mariscos, ya de agua dulce, ya de agua salada, incrustados en considerable número en las laderas de las montañas y hasta en las más elevadas mesetas; osamentas fósiles de osos, ciervos, lobos, caballos, etc, encontradas confundidas en las más elevadas cavernas, lo que probaba que esos animales acorralados por las aguas habrían ido desatinados á buscar todos juntos un vano asilo que les guareciera de las aguas que iban sin cesar subiendo. Recientemente se ha descubierto en las cercanías de Abbeville, en medio del *diluvium*, fragmentos fósiles de osamentas humanas, y hasta han podido reunirse esqueletos completos. Para la ciencia lo mismo que para la fe, todos esos restos antiguos son otros tantos testimonios irrecusables del diluvio universal.

Por lo tanto, debemos decir en conclusión que todos los descubrimientos geológicos relativos al diluvio nada prueban que de lejos ó de cerca puedan afectar

en un ápice las doctrinas de la sagrada Escritura y de la Iglesia; antes por el contrario, vienen á ser su más patente confirmación.

## XII

## NOVENA OBJECCIÓN.

El sol no gira al rededor de la tierra,  
y este hecho destruye por su base el milagro de Josué  
y todo el sistema cristiano.

La Escritura habla á los hombres el lenguaje de los hombres. Dice que á la voz de Josué "el sol se detuvo" á la manera con que decimos á cada paso que el sol *sale* y *se pone*. La repetición diaria é incesante de las ilusiones de los sentidos hace que se llegue á dar cabida á esas ilusiones en las ideas y hasta en el lenguaje. El astrónomo que quisiera hablar de un modo distinto se pondría soberanamente en ridículo; y el Espíritu Santo, aunque haya tenido toda clase de derechos para expresar toda especie de verdades en todo género de lenguaje, ha querido hablar á los hombres tal como los hombres hablan, y ha dicho: *El sol se detuvo*.

Esta dificultad, opuesta por la escuela de Voltaire, ha quedado hoy completamente desvanecida al igual de otras muchas de su índole, y ni siquiera nos ocuparíamos aquí de ella, si no se refiriera á la famosa cuestión de Galileo, estúpidamente resucitada en nuestros días por la impiedad de un poeta francmasón y re-

volucionario. Los *sabios* de la *Opinion nationale* y del *Siècle*, siguiendo las doctas huellas de sus *sabios* colegas de la *Revue des deux Mondes*, del *Journal des Debats* y del *Almanach* de Matthieu Laensberg, atribuyen importancia suma al *descubrimiento científico*, no ya del sistema de Galileo, sino del de Copérnico. Creen que en él se encierra un argumento irrecusable contra la religión cristiana y contra el misterio de la Encarnación.

"En efecto, dicen ellos, ¿cómo es posible suponer que el Hijo de Dios haya escogido, para encarnarse, un pequeño planeta que no es central, que gravita como humilde esclavo al rededor del sol, en unión de otros seis ó siete planetas? Esto podía pasar mientras no se conocía otro sistema que el antiguo, el sistema *cristiano*, según el cual se creía que la tierra era el centro del sistema planetario; pero nosotros hemos cambiado todo eso, y la fe se ha largado con su sistema."

Consolemos á esa buena gente, y apresurémonos á decirles que se equivocan de medio á medio; que no hay tal sistema planetario *cristiano*: que los sistemas de Copérnico y de Galileo no son más contrarios á la fe que el de Ptolomeo y los demás admitidos por los sabios del Egipto, del Asia y de la Grecia, y que por lo tanto pueden, sin dejar de ser ortodoxos, admitir tanto como gusten la científica hipótesis de Copérnico.

—Pero, ¿y la razón de conveniencia indicada no há mucho?

Esta razón de conveniencia no es perentoria, pues se halla contrabalaceada por otra razón de convenien-

cia no menos plausible, es á saber, la de que siendo sin disputa el sol, en el simbólico lenguaje de la Escritura y de la tradición católica, la imagen celeste, la representación visible de la santísima humanidad de Cristo, Rey de los cielos, y siendo para todas las criaturas esta humanidad adorable la fuente de vida, el centro de la gracia y el *sagrario* de la Divinidad, nada tiene de extraño que la tierra, que contiene á los servidores todos de Jesucristo, gravite ó de vueltas al rededor del sol, en vez de darlas el sol al rededor de la tierra.

Con una razón de conveniencia por el mismo estilo nos encontramos al cotejar la luna con la tierra. Según el simbolismo cristiano, la luna es la imagen de la Iglesia. Del mismo modo que la luna recibe toda su luz del sol y sólo nos ilumina reflejándolo, así la Iglesia recibe toda su verdad, todo su poder divino y toda su belleza de su celeste Rey, Nuestro Señor Jesucristo, nos ilumina, nos vivifica, nos gobierna en nombre de Jesucristo y por la potestad que Jesucristo la confirió: de modo que la Iglesia aquí en la tierra es la manifestación, la imagen y el reflejo de Jesucristo. Además, la Iglesia pertenece al mundo; el Papa, que es su jefe visible, es el servidor de los servidores de Dios, como lo son también todos los obispos y los sacerdotes todos: es, por consiguiente, muy natural que la luna destinada á simbolizar la Iglesia, gravite al rededor de la tierra.

Sé perfectamente que estas razones de conveniencia no son absolutas; pero son más que suficientes para

contestar á una razón contraria y también de conveniencia.

Añadamos, para concluir, dos observaciones.

Consiste la primera en que la certeza física parece ser hoy en día de parte de la hipótesis, ó más bien del sistema planetario de Copérnico: así parecen haberlo definitivamente fijado repetidas observaciones, y es casi insignificante la duda que pueden ofrecer sobre este particular las leyes de la mecánica. Esto no significa que Ptolomeo, ni los antiguos sabios del Egipto, de Persia, de Caldea y de la Grecia fueran hombres sin importancia científica: significa únicamente que no es suficiente el talento ni aun el genio cuando se trata de establecer hechos de este género: se necesitan, á más de todo eso, lentes; se necesitan instrumentos de precisión, sin los cuales no hay medidas exactas ni por consiguiente datos numéricos. Y los lentes no se conocían antes de los tiempos de Copérnico y de Galileo, y los admirables instrumentos de que hoy se sirven nuestros astrónomos son el fruto de este progreso industrial que especialmente de un siglo acá produce en los ánimos tan inmensa sobreexcitación.

Es preciso, sin embargo, reconocer que hay grados en la certeza física, como los hay en la intensidad de la luz; y me parece, además, evidente que para el estudio del mundo astronómico, aun haciendo uso de los mejores telescopios, no tenemos tan buenas disposiciones como para el estudio del mundo material que nos rodea. Paréceme que hay un enlace, enlace nota-

ble entre la seguridad que podemos tener de la verdad de las observaciones astronómicas modernas y la verdad de los hechos que con las manos tocamos y de que nos hacemos cargo inmediatamente con el auxilio de nuestros sentidos. Desconfío instintivamente, no del sistema de Copérnico, que lo reputo del todo indiferente á los dogmas de la fe, sino de esta tendencia, hoy en día tan generalizada, á conferir la infalibilidad á toda clase de descubrimientos científicos ó á tomarlos por bases absolutas, por puntos de partida á que debe, quiera ó no quiera, acomodarse la doctrina de la Iglesia. Hay en el fondo de esta tendencia una especie de materialismo grosero, mil veces indigno de inteligencias alumbradas por el sol del Cristianismo y por él conducidas á alturas á que la razón humana por sí sola no podría remontarse. Ante las pretensiones, no pocas veces atrevidas, de la ciencia, preciso es decir que podemos estar y estamos muy orgullosos de la verdad absoluta de nuestra fe.

La segunda observación, que no haré más que indicar aquí, es la de que la famosa condenación de Galileo, efectuada á principios del siglo XVII, se refería á la forma más bien que al fondo; que ese Galileo, que no era á la verdad un gran personaje, había querido hacerse á un mismo tiempo el teólogo y el astrónomo, y que el tribunal de la Inquisición, encargado de defender los intereses de la fe, estuvo en su derecho y cumplió su deber al impedir que Galileo dogmatizase. Largo tiempo hacía que conocía la Iglesia el sistema

de Copérnico, sistema que contaba ya medio siglo de existencia cuando el asunto de Galileo, y lo dejaba pasar, como lo hace con todos los datos de las ciencias humanas, sin aprobarlo ni condenarlo. Más aún, en la antigüedad se había enseñado varias veces este mismo sistema, como lo atestiguan los antiguos libros en que los judíos recopilaban las tradiciones de sus doctores.

En la teoría de la rotación de la tierra al rededor del sol, no hay por consiguiente cosa alguna que sea contraria á la doctrina católica.

Josué ni detuvo el sol, ni detuvo la tierra: obtuvo del Señor que la luz del día se prolongase lo suficiente para alcanzar la derrota de los enemigos del Señor. Es indudablemente un gran milagro, pero ese milagro nada tiene de contradictorio ni de imposible.

## XIII

## DÉCIMA OBJECIÓN.

*El hecho muy probable de la pluralidad de los mundos habitados se concilia muy poco con el misterio de la Encarnación.*

También esto es una hipótesis, y una hipótesis mucho menos probada que la precedente, pero hartó grave para fijar la atención. Conozco á un joven muy inteligente, á quien esta hipótesis estuvo haciéndole va-

cilar durante más de un año en volver á abrazar la fe que había perdido. Y sin embargo, vais á ver cómo en el fondo no tiene importancia alguna.

Hagámonos cargo, en primer lugar, de que eso de ser habitadas las esferas celestes por criaturas inteligentes, capaces como nosotros de amar, de conocer, de servir á Dios y de ir al cielo, no tiene viso alguno de verdad. Hasta diré que ni probable es, en lo que me parece tener razón, pues verdaderamente no es lógico deducir lo desconocido de lo conocido, lo dudoso de lo cierto. Por de pronto, tenemos ya que la ciencia nos afirma que en la luna no hay habitantes. Que la luna no tiene atmósfera, es cierto, y por consiguiente tenemos que en ella no puede existir sér alguno organizado, sea animal, sea vegetal. Para la vida de un sér orgánico cualquiera son absolutamente indispensables el agua y el aire, esto sin contar con la atmósfera que nos rodea, y con la atracción centrípeta, sin las cuales seríamos pulverizados, aniquilados y esparcidos por el espacio.

El hecho de ausencia de atmósfera en la luna es una verdad probada. A pesar de las 96,000 leguas que la separan de la tierra, nuestros telescopios nos permiten separar de la tierra, a una distancia de solas 16 leguas. Un sabio astrónomo del Instituto, que durante veinte años se había dedicado á este estudio, me decía, no há mucho tiempo, que si en la luna hubiese ciudades, ó simplemente grupos de casas, éstas se podrían distinguir. Unicamente se ven en ella volcanes apagados, áridos

valles, llanuras y algunas montañas. Luego la luna no contiene habitantes.

¿No es ya esto una muy notable probabilidad en favor de la *no habitación* de las demás esferas celestes? Si éstas estuvieran habitadas, ¿por qué no habría de estarlo también y por igual razón la luna?

Además, la física y la astronomía calculan que los planetas de nuestro sistema, que están más inmediatos que nosotros al sol, se hallan expuestos á una intensidad de calor tal, que ni formarnos podemos una idea de ella: son millares de millares de grados de calórico, que imposibilitan absolutamente la existencia de un sér cualquiera organizado. Y, por otra parte, según los cálculos de la ciencia, los planetas que están á mayor distancia que nosotros del sol, se hallan en una intensidad de frío no menos incalculable, y por lo tanto tampoco allí es posible la vida orgánica.

Estas observaciones, fáciles de comprender, me parecen concluyentes en favor de la *no probabilidad* de que existan seres orgánicos vivientes en los demás planetas, hasta el punto de que ni las plantas puedan existir en ellos.

Sin embargo, no hay necesidad de llevar tan adelante la cuestión; pues el que las demás esferas celestes estén habitadas de criaturas compuestas, como nosotros, de espíritu y de materia, en el fondo no es, si bien se mira, contrario á la fe. Ved ahí lo que respecto á esto es de fe:

En primer lugar, es de fe que todos los *hombres* des-

008262



cienden de Adán y de Eva, y que nosotros somos los únicos *hombres* que hay. Si las esferas celestes están habitadas, no lo están por hombres. Tampoco pueden estarlo por espíritus puros, por almas, porque los espíritus no tienen necesidad de habitaciones materiales. Después es de fe que el Hijo eterno de Dios se hizo *hombre*, y que ninguna criatura, sea en el cielo ó sea en la tierra, se salva y santifica si no es por El. La Escritura es formal en este punto. Si los mundos están habitados del mismo modo que la tierra, las criaturas que en ellos viven, para ir al cielo están, como nosotros, obligadas á creer en la divinidad del *Verbo* hecho carne, á adorar al Hombre-Dios, á amarle y á servirle.

—Pero, se dirá, ¿cómo pueden conocerle?

Id á preguntárselo. Lo que podemos decir es, que el misterio de la Encarnación y de la Redención pudo haber sido *revelado* á millares de mundos, ya por el ministerio de los Angeles, ó ya por cualquier medio conocido únicamente por Dios.

Muchos, que participan de esta opinión, explican graciosamente en este sentido la parábola del Buen Pastor que deja en la paz y seguridad del redil á las noventa y nueve ovejas fieles para ir en pos de la oveja perdida, para fatigarse y herirse buscándola, y para volverla triunfante al redil donde había dejado las otras. Esta pobrecita oveja infiel sería la humanidad pecadora apartada de Dios y extraviada en la tierra; y las noventa y nueve ovejas fieles tendrían que ser la multitud de criaturas orgánicas que pueblan todos los mundos.

Por mi parte tengo que confesar que, mientras no tenga una prueba muy convincente de lo contrario, jamás tomaré por lo serio la hipótesis improbable, aunque posible y hasta grandiosa, de la población de las esferas celestes. Adorando con humilde amor y fe pura á Jesucristo, mi Señor, mi Redentor, mi Dios, hablo solamente de lo que sé, y me abstengo de ir en pos de lo desconocido, exponiéndome á perder en este sublime trabajo la fe y la cabeza.

Una palabra más. A los que pregunten por qué no están habitados toda esa infinidad de astros, soles y planetas, les contestamos por una parte, que á la omnipotencia de Dios tan fácil le es crear millares de mundos como un granito de arena; y por otra, que es perfectamente digno de su infinita sabiduría el darnos por medio de esta maravillosa inmensidad, una idea de su grandeza y de la inefable magnificencia del verdadero *cielo*, que nos reserva para toda una eternidad su infinita misericordia.

El cielo de los astros no es á la verdad demasiado hermoso para servir de bóveda á la tierra, en la cual habitan los hijos de Dios y donde reside corporalmente, en el Sacramento de amor, este adorable y adorado Señor Jesucristo, verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo, que todo lo hizo de la nada, y que por virtud de su omnipotencia sostiene todas las criaturas de la tierra y de los cielos.